

PRÓLOGO

JUAN MANUEL VIAL

TENIENDO EN CUENTA la inmensa cantidad de escritos excepcionales que produjo Ford Madox Ford hasta 1939, año en que murió, es inexplicable que su figura, relativamente cercana en el tiempo, sea aún tan esquiva y difusa para los lectores hispanoparlantes. También es extraño que, conociendo bien aquella obra maestra de título equívoco llamada *El buen soldado* –que lo es todo, absolutamente todo, menos una novela de guerra–, no hayamos sentido mayor curiosidad por un autor tan dotado e influyente como el que ahí demuestra ser. La ceguera que acusamos no es nimia: hoy en día la literatura del “joven modesto”, que era como lo llamaba Henry James, ha demostrado ser bastante más fructífera que la del “Maestro”, que era como Ford se refería a James. No olvidemos que el mejor escritor en lengua inglesa de nuestros días, el sudafricano J. M. Coetzee, aprendió de Ford nada menos que escribir novelas es un artesanado a la vez que una vocación.

Distancia inexplicable, extraña frialdad: es indudable que ambas se han entrecruzado, pero también ha habido, de parte de los editores, de los traductores, de los rajás del mundo editorial hispano, una negligencia imperdonable

con la obra de Ford: recién el año pasado se tradujo al castellano *El final del desfile*, el portentoso conjunto de cuatro novelas que el autor inglés publicó entre 1924 y 1928. La obra, sobre la que se extiende una atmósfera de tensión bélica y sexual dividida magistralmente en dos frentes, está ambientada entre los vericuetos del poder de Londres, la campaña aristocrática inglesa y los devastados campos de batalla franceses durante la primera guerra mundial. Ford participó en el conflicto, y de él aseguraba dos cosas: haber sido gaseado por los hunos –algo que sus amigos dudaban– y haber sido el único novelista de su edad que combatió en la guerra –algo cierto–.

Además de cinco novelas perfectas –hay entusiastas que aseguran que *El buen soldado* es la mejor narración que se ha escrito en inglés–, Ford produjo una respetable cantidad de volúmenes de recuerdos, ciertas célebres colaboraciones con Conrad, un notable mamotreto de compilaciones críticas y algunos graciosos libros de propaganda bélica. Y entre los aciertos más recordados en su labor como incansable editor de revistas literarias titánicas de bajo y bajísimo presupuesto, están el de haber descubierto a D. H. Lawrence y Wyndham Lewis y el de haberle avivado la cueca y llenado el estómago a un Ezra Pound mendicante.

Las correrías, estampas, recuerdos y perfiles que contiene este librito provienen, cronológicamente, de cuatro de los muchos volúmenes autobiográficos que escribió el autor: *Ancient Lights* (1911), *Return to Yesterday* (1931), *It was the Nightingale* (1933) y *Portraits from Life* (1937).

Vale advertir que sus apreciaciones y disquisiciones no son las de cualquier grafómano, puesto que, “por derecho de nacimiento”, Ford se consideraba “perteneciente a las clases gobernantes de los mundos literario y artístico”: bautizado alemanamente como Ford Hermann Hueffer en consideración a parte de su sangre, el niño se crió en la peculiar casona de su abuelo materno, el pintor prerrafaelita Ford Madox Brown (fue en honor a él que tomó su nombre de pluma). Parado bajo el pórtico de ese hogar insólito, el pequeño vio cómo uno u otro cochero despachaba regularmente en calidad de bulto al poeta Swinburne, quien venía de consumir por el barrio cantidades proverbiales de gin. Allí, actuando de muchacho compuestito, fue que Ford se sentó en las rodillas de Turguenev, y allí, en los pisos bajos destinados a la cocina y a la servidumbre, oyó algunas de las espeluznantes historias que le relataba su niñera, quien, entre otros galones de corte tenebroso en la pechera, lucía el de haber presenciado un ataque de Jack el Destripador.

Además de contener un buen número de anécdotas literarias memorables, muchas de las cuales representan momentos claves en la vida de Ford, este libro es una especie de tributo a la clase de amistad que puede nacer entre quienes han decidido seguir el camino de las buenas letras: de ahí el título. Incluso cuando se ensaña con alguien a quien detesta —Oscar Wilde, por ejemplo—, Ford no deja nunca de pensar en lo que considera el bien de la literatura. Por el contrario, cuando se refiere a sus cercanos —Ezra Pound, Joseph Conrad, Henry James, W. H. Hudson, Stephen

Crane—, se nos revela como el más generoso, humilde y noble amigo que alguien pueda llegar a tener.

Es por ello que yo no le daría mayor crédito al perfil de Ford que aparece en *París era una fiesta*: se sabe que Hemingway inventó mucho de lo que se publicó en ese libro póstumo. Prefiero quedarme con la imagen que pervive en la novela que Jean Rhys escribió luego de que Ford decidió poner fin al idilio que mantenía con ella, novela titulada *Después de dejar al señor Mackenzie*: un mujeriego que opta por otorgarle voluntariamente una compensación económica a una ex amante, así, espontáneamente, sin otra voluntad que la de preservar en aguas cristalinas un buen recuerdo, será siempre para mí un hombre de bien.

Fue la tremenda generosidad de Ford hacia sus colegas la que, paradójicamente, le restó preponderancia a su propia obra. En vez de darle al autobombo, en vez de recurrir a las amistades útiles a la hora de publicitar sus libros, Ford optó por los demás. Hallándose en Nueva York, ciudad que terminó adorando, percibió que el poeta William Carlos Williams no era tan reconocido como merecía, razón por la que el bueno de Hueffer organizó una serie de cenas de una sociedad que llamó Los Amigos de William Carlos Williams. En París, a cargo de *The Transatlantic Review*, acogió a grandes artistas que carecían de un espacio donde publicar sus trabajos —entre ellos Hemingway—, y célebres fueron las fiestas alcoholizadas que dio el editor para festejar la aparición de cada número.

Mirado el asunto en perspectiva, resulta sorprendente que Ford haya gozado de tiempo para escribir los cerca

de ochenta libros que escribió. O que, habiéndolos escrito, aún le quedasen minutos sobrantes para llevar la vida que llevó. En su caso la literatura, si bien constituyó una obsesión permanente, nunca fue una preocupación exclusiva. A pesar de no tener muy buen aspecto físico (era alto, pero también gordo, y su dentadura delataba el gran número de cigarrillos Gauloises que consumía a diario), fue aquel mujeriego impenitente que llegó incluso a mantener un sonado *affair* con la hermana de su primera esposa. Además destacó como historiador, como criador de chanchos, como cultivador de chacras, como cocinero, como carpintero, como soldado, como pacifista y como filósofo adelantado a su época: una generación antes que el resto, Ford ya había desarrollado un pensamiento macizo de corte ecologista. Fue una bendición, por lo tanto, que el buen hombre muriese justo antes de que los horrores de la primera guerra mundial se viesan repetidos a partir de 1939.

Respecto de la traducción: cuando Ford escribió pasajes autobiográficos y vivenciales, lo hizo con la simpleza que el género requería, dejando de lado las técnicas más complejas que utilizó en sus novelas y que lo llevaron a convertirse en el mejor estilista de su época. No obstante, la efectividad narrativa que se percibe entre unos y otras es prácticamente idéntica. Es por ello que cualquier chirrido, cualquier estridencia, cualquier destemplanza que pueda distinguir el lector en la prosa de Ford es de mi entera responsabilidad. El mérito de que estos escritos sean publicados por primera vez en castellano es de la casa editorial.

ENTRA EZRA POUND

THE ENGLISH REVIEW aparecía como es debido. Era fuente de bastante regocijo y alguna ganancia para ciertas personas y de muchas preocupaciones para mí. Nuestros dos primeros números estaban hechos de antemano, con trabajos que forzosamente pertenecían a los distinguidos de aquel entonces. Después de eso intentamos que los distinguidos fueran saliendo gradualmente, para poder publicar a los no publicados. Les publicamos contribuciones de una u otra índole a Thomas Hardy, George Meredith, D. G. Rossetti (póstumamente), Swinburne, Anatole France, Gerhart Hauptmann, Henry James, Joseph Conrad, W. H. Hudson, W. B. Yeats e incluso al Presidente Taft. De los jovencitos de ese entonces —hablando en términos de carrera—, publicamos *Tono-Bungay*, del señor Wells, en cuatro números, y también una serie corta de dos ejemplares del señor Arnold Bennett, así como a los señores Galsworthy, Belloc, Chesterton y a otros que entonces gozaban de similar prestigio.

Y ahí llegó Ezra... Su *Odisea* iba a constar de doce libros. En cortísimo tiempo se hizo cargo de mí, de la revista y finalmente de Londres. Cuando recién lo conocí,

su acento de Filadelfia era todavía comprensible aunque desconcertante; su barba y sus rulos sueltos eran de caoba y abundantes; era asombrosamente magro y ágil. Se arrojaba encima de sillas frágiles de manera alarmante, devoraba enormes cantidades de tus tartaletas, fijaba sus quevedos firmemente en su nariz, sacaba un manuscrito del bolsillo, echaba la cabeza hacia atrás, cerraba los ojos al punto de la invisibilidad, y mirando más allá de su nariz soltaba una risilla mefistofélica y te leía una traducción de Arnault Daniel. La única parte de ese verso que tú entendías era el estribillo:

¡Ay de mí, el maldito, el maldito se acerca al sol!

Nosotros publicamos su *Balada del buen compañero*, que debe haber sido su primera aparición en un periódico exceptuando las contribuciones al *Butte Herald* de Montana. Ezra, aunque nació en Butte en una caravana durante la gran tormenta de nieve de... —pero tal vez no deba revelar el año—. Como sea, Ezra dejó Butte a la edad de, digamos, dos años. El único de sus poemas escrito y publicado allá que puedo recordar tenía por estribillo: “¡Alégrate, papá!”.

Como reacción en contra de un sentimiento tan estadounidense, él se convirtió en profesor de lenguas romances en la Universidad de Pennsylvania poco tiempo después. Su historia hasta la fecha en que apareció en mi oficina, que también era mi salón, vuelve a mí como sigue: nacido en la tormenta de nieve, su primera comida consistió

en kerosene. Por eso comía tan enormes cantidades de mis tartaletas, siendo el sabor del kerosene, como se sabe, muy persistente. El kerosene también tenía que ver con la gloria de su pelo. Dónde estudió lenguas romances no pude averiguarlo. Pero su fluidez en ellas era considerable si le permitías aquel acento ligeramente negroide que adoptaba cuando hablaba provenzal o recitaba las obras de Bertran de Born.

Hasta donde sé, su abuelo fue un poco afortunado candidato a la presidencia en tiempos de Blaine; su padre, examinador de la Casa de Moneda de Filadelfia, una función que requiere una delicadeza de toque casi increíble. Su abuelo, como era común entre los millonarios de la América de aquellos días, hacía y perdía fortunas con una rapidez y totalidad asombrosas. Él le había prometido a Ezra enviarlo a Europa. Ezra estaba justo haciendo las reservas cuando su abuelo falló de manera más determinante que lo normal.

En consecuencia, Ezra se vino en un buque de ganado. Muchos poetas han hecho eso. Pero dudo que algún otro se ganara la vida mostrándoles España a los turistas estadounidenses sin conocimientos previos del país o del idioma. Fue, también, justo después de la guerra hispano-estadounidense que el barco de ganado lo dejó en ese país.

Rodeado por ese aura de romance fue que se apareció en mi oficina-salón. Se me ocurrió que debía andar más bien necesitado, le compré su poema de inmediato y le pagué más de lo que se acostumbraba a pagar por una

balada. No era una suma grande, pero Ezra se las arregló para vivir con ella por largo tiempo –creo que seis meses– en un Londres desconocido. Tal vez mis tartaletas ayudaron.